

La traición de las esferas

«Each has his past shut in him like the leaves of a book known to him by his heart, and his friends can only read the title.»

(Cada uno tenía su pasado encerrado dentro de sí mismo, como las hojas de un libro aprendido por ellos de memoria; y sus amigos podían sólo leer el título.)

VIRGINIA WOOLF

Debería haberlo presentido como se presienten a veces los temblores de tierra, igual que en ciertos momentos se intuye la tormenta que se acerca. Debería haberlo sospechado aquella misma mañana en que mi padre, mientras se anudaba la corbata frente al espejo, me habló por primera vez en ese tono casi críptico o poético. “Sólo hay esferas, tú también deberías saberlo, Paula. Nuestras vidas suspendidas bajo las esferas y su ritmo insobornable. Hace tiempo que empecé a odiarlas. Me exaspera su canto taciturno, su girar melancólico, anémico y tan triste”. Pensé entonces que era el rapsoda entusiasta (y algo desencantado) el que hablaba, pues de inmediato, y tan pronto tomó el camino hacia el museo, volvió a adoptar de nuevo la pose solemne del viejo catedrático de instituto.

No espero ser injusta si menciono que mi padre era un profesor jubilado dispuesto a pervivir con sus máximas latinas, su pulcritud retórica y sus versos encendidos en una época en la que ya nadie lo echaba de menos. Recuerdo que le bastaba un “*Alea iacta est*” o un “*Audentes fortuna iuvat*” para encarar decidido las mañanas. Cogía su pequeño cuaderno y su estilográfica y armado de estos sencillos aparejos se pasaba las horas muertas deambulando por las salas del arqueológico. Más tarde, cuando volvía a casa, reproducía sus anotaciones en un ordenador que yo le había enseñado a manejar. “De todas formas – me advertía de forma cansina – por si acaso siempre guardo las notas manuscritas, yo sigo sin fiarme de estos cacharros, pulsas la tecla equivocaba y el trabajo de un día se desvanece como la pobre Eurídice ante la mirada impaciente de Orfeo”.

Desde su retiro forzado de la enseñanza, mi padre dedicaba la mayor parte de su tiempo al estudio de los mosaicos romanos del museo arqueológico. Movido quizás por un inquebrantable sentido de la dignidad, se había empeñado en descifrar cada tesela como si fueran las piezas de un extraordinario rompecabezas.

Sin embargo, yo debería haber notado que las esferas que tanto se empeñaba en sortear empezaban a jugarle una mala pasada. “Hace tiempo decidí dejar de aceptar esa singular manera de agonizar que comparten lo mortales, – empezó diciendo aquella mañana en que me pareció casi un extraño - hace tanto que no soporto la forma en que las arenas destilan grano a grano el tiempo; o los hitos que el sol recorre marcando la sombra del *gnomon* sobre una estela, ya ni siquiera aguanto las clepsidras”. Se enredó y nervioso no consiguió hacerse el nudo de la corbata así que, por primera vez, se fue al museo sin ponérsela.

Aquel día volvió algo más tarde de lo acostumbrado. En ningún momento pretendió darme explicaciones por el retraso, aunque a duras penas conseguía disimular su disgusto. Finalmente, y ante mi insistencia, me contó que en el museo había ocurrido algo terrible, se habían llevado uno de los mosaicos. “Era uno de los mejores - me recordó - aquel de los pigmeos y las grullas”. “Cierto, es uno de tus favoritos” – no supe bien que decirle. “Pues se lo han llevado. Deben haberlo trasladado a quién sabe qué lugar.” Yo no quise darle importancia, acostumbrada como estaba, en la rutina diaria, a tantas decisiones arbitrarias e incomprensibles.

A partir de entonces se desplomaron los días como una tempestad, era como si un halo plomizo lo hiciera parecer todo más gris y pesado. Mi padre había perdido su empuje habitual. El descuido en su vestir y su silencio desacostumbrado no eran sino síntomas de algo cuyo diagnóstico no estaba a mi alcance. Se despedía con un simple “hasta luego” y andaba algo desaliñado. Lo peor era que, día tras día, la narración de sus visitas al museo era la de otras tantas piezas desaparecidas. Entonces, su empeño se centró en registrar todo, como un contable celoso del recuerdo de lo que alguna vez allí existió.

Todo siguió así, más o menos a la deriva, hasta aquel día en que lo vi marcharse derrotado. Arrastraba hipnótico una sombra que ni siquiera parecía la suya. Un rato después de haberse ido, reparé en que había olvidado el cuaderno de notas. Nada más hojearlo me sorprendió que en las últimas semanas apenas si tenía algo escrito cuando no estaban las páginas totalmente en blanco o repetían una misma palabra a la manera de una prueba de caligrafía obsesiva. Sentí miedo por él y me fui al museo a buscarlo. Al llegar a la plaza junto a la entrada vi a mi padre sentado en un banco, tenía la cabeza hundida entre las manos. Nada más reconocerme estalló. “Se lo han llevado todo, han dejado el museo vacío. Estos canallas han perdido la decencia”. Intenté calmarlo y le pedí que se quedara allí afuera esperando. Irrumpí en el museo frenética, enfurecida con la intención de pedir explicaciones a algún responsable. No atendí a los requerimientos del guarda y sin embargo, apenas hube entrado en el patio del museo detuve mi carrera en seco. Mire alrededor. Todo seguía allí. Cada pieza en su pedestal, los mosaicos colocados en las paredes, las estatuas ilesas me miraban

absortas en el atrio, los tesoros seguían intactos en sus vitrinas. Comprendí entonces que todo permanecía inalterable en su justo lugar, excepto en la memoria de mi padre.

Al volverme hacia la puerta lo vi allí plantado. Me miraba como pidiendo una respuesta o más bien porque en su interior ya la había encontrado. Podía ver en sus ojos el brillo enmudecido del miedo. Era el pánico del que se asoma a un abismo profundo y sombrío. Supe entonces que esa era la victoria cruel de aquellas esferas a las que tanto aborrecía.¹

¹ Este cuento resultó finalista en la 5ª edición del concurso “Relatos en el Museo”, convocado por el Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba en el año 2008.